

—Mire que la habitación está ya ocupada.

—¡Ba! contestó el Tocho; éso no vale la pena; no haga usted caso.

A esta gente, por lo visto, no debe preocuparles nada, pensó Pablo, y como continuara en su inspección, limitóse á maldecir en silencio unas enormes telarrñas que colgaban de los cuatro ángulos del cuarto, á guisa de rinconeras. Los muebles eran pocos y malos. Una cama de tablas, con enorme jergód de paja, á propósito para almacenar toda clase de bichos; dos sillas de enea, un trípode de hierro, sosteniendo una palangana de barro con apariencias de cazuela y unas cuantas estampas y aleluyas pegadas á la pared constituían todo el ajuar del mismo.

—¿Me hace usted el favor de mandar que me traigan agua? preguntó Pablo, una vez hubo terminado el examen.

—Véngase usted conmigo, replicó el Tocho, y beberá toda cuanta le apetezca; fresca la estaba sacando del pozo cuando usted llamó.

—Es que no la quiero para beber, sino para lavarme.

—¡Lavarse á las siete de la tarde, esa sí que es buena!

—¿Qué tiene más que sea á esta hora que á otra cualquiera?

—Aquí nos lavamos el día de la fiesta mayor, y gracias. El agua para que la beban las personas, los animales y las plantas; lo demás es echarla á perder; pero si usted tiene la costumbre de bañarse con ella, voy á traerle un pozal y en la cuenta se la pondrá la Clueca; en fin, que este debe ser un vicio como el de fumar, que una vez adquirido nadie se lo quita á uno.

Al terminar esas palabras salió Tocho meneando compasivamente la cabeza y sólo tras largos instantes, que Pablo aprovechó para anotar estos incidentes en su cartera, inclinándose sobre la cama á falta de mesa donde escribir, volvió aquél trayendo lo que había prometido y retirándose en seguida.

Dióse Pablo el gran lavatorio, sacudióse luego la ropa y ya se disponía á bajar deseoso de conocer los demás habitantes de la posada, cuando llegó á sus oídos confuso tropel de voces, silbidos é imprecaciones que de la calle venían.

Asomóse á la ventana y vió una multitud de gente corriendo como si persiguieran á alguien. En un balcón contiguo destornillábase de risa un hombre de mediana edad, cabeza grande, enormes mofletes, frente deprimada y ojos saltones, en tanto seguía con avidez el espectáculo.

—Bien ha hecho usted en salir, dijo á Pablo, así que le vió, pues va usted á divertirse de lo lindo. ¡Mire!, ¡mire!, añadió señalando con el dedo hacia el extremo de la calle un numeroso grupo que hacía ellos se dfrigia. ¿Ve usted á aquél que corre delante de todos? Es Cantimplora, borracho de profesión, á cuya costa se hace extraordinaria broma las tardes de los días festivos. Por más vueltas que da, no logra encontrar la taberna del Bizco, aquella de allí enfrente, tal carga de alcohol debe llevar en el cuerpo. Ahora vuelve estar casi en la puerta... ja... ja... ja... pasa de largo... ¡Ah!... no... por fin la ha visto y entró. Le pagarán unas cuantas copas, descansará un momento y vuelta con él otra vez.